

Educación en familia

Luis Rosa Invernón¹

La familia está llamada a ser comunidad de personas, pero no lo es por arte de magia. Está llamada a ser comunidad de personas y sólo llega a serlo si sus miembros se embarcan en la tarea de llegar a ser personas. Por eso la educación ocupa un lugar central en la familia, cuya misión es ser ámbito de humanización, es decir, de plenitud personal y comunitaria. Educar es impulsar este quehacer humanizador: “El término educar posee una doble raíz. En primer lugar, *educere*, que significa extraer y actualizar todo lo que hay ya en la persona, sacar a la luz toda la riqueza que en ella hay. Por otro lado, *educare* significa nutrir, alimentar, ofrecer posibilidades para que el otro pueda crecer”². Las relaciones que se establecen en la comunidad familiar son de carácter educativo, sobre todo las relaciones entre los padres y los hijos. Todas las relaciones educativas son educativas tanto para el que ejerce el papel de educador como para el que ejerce el de educando. Pero no por ello son simétricas en el sentido de que tanto el educador como el educando realicen la misma tarea ni tengan la misma autoridad. Esta igualdad sólo se da entre los esposos, que ejercen un magisterio vital recíproco en su compromiso de ayuda mutua.

Educar es hacer crecer al otro en su ser persona, y esto solo lo lleva a cabo quien desea el bien de esa persona, quien la ama. El impulso de la educación personalista es el amor, que se concreta en la entrega desinteresada de quien educa. Fundamentalmente de lo que ese educador es y, por ello, también de lo que ese educador tiene. Lo primero que se transmite es lo que se es, por eso los padres que quieran educar a sus hijos como personas tendrán que esforzarse cotidianamente por serlo. Este esfuerzo testimo-

nial es el fundamento de toda comunicación educativa verdadera, comunicación que deja huella en el educando, pues es experiencia vital compartida y no sólo palabra sin realidad.

Últimamente asistimos a una crisis educativa muy fuerte. Se abandonaron los modelos autoritaristas de educación tanto en el ámbito escolar como en el familiar, y se ha dado paso a un modelo que casi podríamos denominar no-educativo, pues se caracteriza por el escaso esfuerzo educativo tanto de los padres (centrados en sí mismos más que en sus hijos, pendientes de su propio placer o atados por las necesidades económicas) como de los hijos, a quienes nada quiere imponerseles, por miedo a violar su libertad. Todo esto es fruto de algunas desviaciones antropológicas que ahora repasamos.

1. En torno a la autoridad

El exceso autoritarista

En el pasado la educación dentro de la familia estaba enmarcada en un contexto jerarquizado y autoritarista. Todo el poder, en una sociedad profundamente machista y androcéntrica, recaía sobre la figura del padre, que era quien tomaba todas las decisiones y a quien había que obedecer. Las relaciones intrafamiliares eran muchas veces secas y distantes, por lo que la afectividad no era educada sanamente. Las relaciones entre el padre-jerarca y el resto de la familia eran de mandato-obediencia. La mujer era relegada a las labores de servicio doméstico, que no tienen nada de malo (más bien todo lo contrario) pero que deben ser compartidas por toda la familia, que debe organizarse no por criterios de sexo sino por criterios vocacionales. Y las mujeres, por el hecho de serlo, no están más llamadas que los hombres al servicio doméstico. Este exceso autoritarista que enfriaba las relaciones personales e imponía la voluntad del patriarca representaba el exceso hacia un lado de la balanza. Como casi siempre, la historia ha hecho caer a la balanza hacia el otro lado: del autoritarismo se ha pasado a la negación del valor de la autoridad.

¹ Licenciado en filosofía, Miembro del Instituto Emmanuel Mounier España. (Ver más en nuestro link de “Autores”).

² Domínguez Prieto, X. M., *Ética del docente*, Ed. Mounier, Salamanca, 2003, p. 20.

La educación sin autoridad ¿puede ser educación?

La reacción contra el autoritarismo y contra la familia jerarquizada, con la revolución de la mujer y del niño, han provocado que todo lo que tenía que ver con el papel ejercido por el padre en la familia sea despreciado. En cierto sentido es normal. Cuando alguien ha sufrido un daño por alguna causa, lo normal es atribuir el daño a todo lo que tenía que ver con esa causa. Así, se negó el valor de la autoridad en la educación. La sociedad neoliberal marcadamente individualista pretendía y pretende defender, ante todo, la libertad individual. Todos los individuos son libres y, consiguientemente, toda imposición sobre su voluntad es mal vista. El individuo, fuera de la negativa influencia social, es capaz de desarrollarse satisfactoriamente tomando sus propias decisiones. Lo que hay que hacer es precisamente dejar que tome esas decisiones, que vaya aprendiendo por sí mismo. El magisterio, tanto dentro de la familia como fuera de ella, también es desprestigiado. Se piensa que el niño es naturalmente bueno, naturalmente capaz de ser libre, naturalmente capaz de ser persona. Y aquí naturalmente significa individualmente, solitariamente, autónomamente.

De la educación autoritarista y jerarquizada se pasa a la educación libertaria e igualitarista. La cuestión de la igualdad la trataremos más adelante. En lo referente a la autoridad son precisas algunas consideraciones. La primera es la constatación del estrepitoso fracaso de esa educación pretendidamente igualitarista y libertaria, que no dice 'no' nunca al niño para dejar que éste se desarrolle libremente. Este tipo de educación construye niños-tiranos. Si antes la tiranía era ejercida por el padre, ahora éstos se ven sometidos a los hijos. Sus caprichos son órdenes, porque no tienen límites. Su pretendida libertad no es tal, porque no son capaces de ser libres con respecto a sus instintos y caprichos: están más animalizados que humanizados, pues lo característico del animal es la respuesta instantánea ante el estímulo; lo humano en cambio es la respuesta inteligente, responsable, capaz de hacerse cargo de la realidad en su globalidad, superando lo individual para acceder a lo comunitario. El niño que estamos generando con la educación libertaria-igualitaria, educación floja y

des-educativa donde las haya, es un niño-tirano, capitán general, león en medio de la selva social, repleta de voraces devoradores.

Con esto no estamos reclamando el antiguo modelo autoritarista de familia. Ni el exceso de autoridad ni su ausencia son ingredientes de una sana educación personalista y comunitaria. Se hace necesario entonces acceder al verdadero sentido de la autoridad.

La sana e imprescindible autoridad educativa

"El maestro es autoridad si convierte al alumno en responsable de sus propios actos libres (de su autoría) ayudándole a superar el miedo iniciático en el ejercicio de su libertad. El término 'autoridad' procede del verbo *augeo* (de ahí 'auge', 'aupa'), cuyo pretérito perfecto es *auxi* (de donde derivan 'auxiliar', 'ayudar') y cuyo supino es *auctum* (*auctoritas*), del cual surge 'autoridad'. Sólo es autoridad quien auxilia, sirve, aupa, te eleva sobre sus propios hombros; a más autoridad mayor servicialidad"³. La autoridad es servicio, de lo contrario no es sana autoridad, sino autoritarismo. El criterio para discernir entre autoridad y autoritarismo es pues la servicialidad, que es poner las propias capacidades, el propio poder, en acción con la finalidad de potenciar íntegramente a la persona en todas sus dimensiones. Hoy día es necesario recuperar este sentido servicial de la autoridad de los padres con respecto a los hijos. Una autoridad que no se ostenta *sobre* los hijos, sino que se trabaja día a día y se ofrece *para* los hijos, para que éstos aprendan a ser libres. La adquisición de la libertad es una difícil tarea que el niño tiene que aprender: aprender a elegir aquello que le hace persona, querer lo bueno, rechazar y transformar lo malo, hacerse responsable de los demás, realizar los valores, etc.

La cuestión es, como casi siempre, antropológica. Si creemos que el hombre es una realidad que no merece la pena, una realidad carente de valor, todo lo que hemos dicho hasta ahora carece de sentido. Pero la experiencia perso-

3 Díaz, C., *Soy amado, luego existo, Volumen III: Tú enseñas, yo aprendo*, Ed. DDB, Bilbao, 2000, p. 79.

nalista consiste en el descubrimiento del valor inmenso, relativamente absoluto, de la persona. Una persona que está llamada a ser libre en cada momento, a ir haciéndose en el camino de su vida, a realizar lo que, desde lo más profundo de su realidad (su esencia) le viene exigido. La persona tiene que responder a unas exigencias de realización; la educación es el servicio que se presta para que esta respuesta sea posible.

2. En torno a la igualdad

Hemos señalado anteriormente la evolución desde la familia autoritaria y jerarquizada a la familia igualitaria y democrática. Igualitaria porque las asimetrías anteriores han ido desapareciendo, y democrática porque el poder de decisión no recae únicamente sobre la figura del padre-patriarca, sino que se ejerce de forma algo más compartida. Ahora bien, esta evolución que entraña en sí una innegable mejora en la estructura de la familia no está libre de sufrir ciertas deformaciones. Es necesario, para superar estas posibles deformaciones, buscar el sentido de la igualdad intrafamiliar.

Una distinción importante

Todas las personas son iguales, sí, pero ¿en qué sentido es cierta esta afirmación? No es cierto que seamos completamente iguales. La igualdad sólo es tal si hablamos de dignidad. Todos los hombres somos iguales en tanto que hombres, por eso todos somos iguales, tenemos el mismo valor, un valor infinito por ser absoluto. Ahora bien, la igualdad en dignidad no es necesariamente igualdad en responsabilidad, ni en funciones, porque no es, y esto es lo importante, igualdad de capacidades. Nuestras capacidades expresan nuestra libertad, le dan su campo de acción propio en el que esa libertad puede expresarse. Pero es evidente que no todos tenemos las mismas capacidades; en eso no somos iguales. Y no lo somos no sólo en virtud de la edad, sino también en virtud de la peculiaridad de cada cual. Cada persona recibe una serie de dones especiales; los llamo dones porque son regalos incluidos en el regalo de la vida. La vida es un don que se recibe en familia, y ese don es a la vez un conjunto de dones, una serie de capacidades, un poder peculiar. Somos iguales

en dignidad, iguales en esencia, pero no somos iguales en capacidades. Ni siquiera una misma persona en diversos momentos de su vida posee las mismas capacidades: seguro que el ahora lector no era capaz de leer a los dos meses de vida. Sus capacidades se han ido desarrollando, ampliando el campo de acción de su libertad, su campo de expresión personal.

La igualdad mal entendida

Es común hoy la confusión entre las diferentes formas de la igualdad. En lo fundamental, que es la dignidad personal, todos somos iguales. Pero esto no significa que seamos iguales en capacidades y, consiguientemente, que nuestra palabra pese lo mismo en el ámbito familiar. Una igualdad mal entendida provoca un trasvase de responsabilidades hacia miembros de la familia que aún no están preparados para asumirlas. Un niño no puede asumir la responsabilidad de elegir qué comer cada día. Es tarea de sus padres el dar a ese niño lo mejor para su crecimiento sano, a veces aun contra la voluntad del niño. Los padres tienen que esforzarse en educar a sus hijos para la libertad, pero educar para la libertad no significa dejar al niño que elija en cada momento lo que prefiera. El niño necesita de la guía, del cuidado y de la orientación de sus padres para ir pasando de una heteronomía radical a una autonomía responsable. Así, conforme el niño vaya desarrollando sus capacidades, ayudado por los familiares adultos, éstos tendrán que ir dejando que el niño comience a asumir nuevas responsabilidades realizando nuevas tareas, tomando sus propias decisiones, etc.

Una igualdad que es reconocimiento de la dignidad del otro

La igualdad en dignidad se vive en el seno de la familia como veneración contemplativa de la dignidad absoluta de la persona, como reconocimiento de su valor. Este reconocimiento se expresa en el cariño, el cuidado, la orientación, y todas las actitudes que los padres toman con respecto a sus hijos para que éstos puedan crecer como persona de forma íntegra. Además, educar en la igualdad por encima de sexismos, favoritismos y prejuicios sociales es tarea fundamental de los padres, que han de mostrar a sus hijos que la igualdad en dignidad se concreta en

una igualdad de derechos y deberes que éstos siempre deben buscar en la familia y en la sociedad. La familia, como educadora en la igualdad y en la justicia, debe ser célula de solidaridad, impulso de solidaridad, fuente de justicia social.

3. En torno al encuentro

La sociedad de las palabras-ruido

Nuestra sociedad, la que nosotros los hombres del siglo XXI formamos, es conocida como sociedad de la información. Un número impresionante de datos irrumpe en nuestro campo intelectual constantemente, llenando de alguna forma la apertura de nuestros sentidos. Esa apertura sentiente e inteligente (*inteligencia sentiente*) es constitutiva a la realidad humana, pero el modo de vivir esa apertura a la realidad es diverso no sólo por la diversidad de cada persona, sino también por el modo en que lo real llega a esa inteligencia sentiente y llena de alguna forma la apertura de la persona. En el ya pasado siglo XX la humanidad vivió un cambio impresionante a este respecto, tanto que ahora la información es lo que da nombre a nuestra sociedad. Somos los hombres de la sociedad de la información, es decir, nos llegan múltiples datos sobre cuestiones muy diversas. Esto ha llevado a muchos a concluir que esta sociedad de la información hace hombres con mayor conocimiento de la realidad, pero esta relación no es tan directa como nos quieren hacer ver. Es cierto que las posibilidades de conocer información que antes era imposible obtener, además en el mismo momento en el que las cosas acontecen, son mayores a las que tenían nuestros antepasados.

Pero información no es conocimiento. La información puede darnos a conocer la realidad o puede llegar a ocultarla. Es lo que acontece cuando se miente o cuando se presenta algún acontecimiento de forma parcial, de modo que lo que se acaba por saber no es lo que realmente ocurrió. Esto último es práctica frecuente de no pocas personas que transmiten información. Información no es conocimiento. Pero además, y esto nos importa más, la tremenda cantidad de información que llega a las personas como si de un bombardeo se tratara configura la forma de conocer de las personas, y su forma de

vivir en la realidad. El tiempo del que dispone la persona se encuentra completamente saturado, lleno de palabras que no transmiten conocimiento, palabras que hablan de ficción (programas de televisión sobre programas de televisión), palabras-ruido. Las palabras-ruido no son nunca necesarias. No proporcionan un conocimiento real. Conocer es, como dice Carlos Díaz recurriendo al significado de la palabra *conaitre* en francés, nacer-con. Nacer-con la realidad que se conoce, el que conoce está continuamente amaneciendo a un nuevo mundo de profundidad y de sentido. El conocimiento requiere encuentro con la realidad, y no con una imagen falsa de ésta como acontece cuando la mediación utilizada son las palabras-ruido.

Estas palabras-ruido inundan toda la sociedad impidiendo los espacios de silencio y borrando el sentido de las verdaderas palabras, aquellas que no están de más y que tanto se echan de menos. Por eso no comunica realmente quien mucho habla si su hablar es parloteo gallináceo de palabras-ruido. Para que se dé la comunicación interpersonal es necesario provocar una ruptura en el nivel relacional que establecen las palabras-ruido, escapar de la tela de araña que con ella todos tejemos, y acceder a un ámbito de comunicación personal, a un ámbito en el que se pueda dar una sana relación de encuentro interpersonal.

Más acá de las palabras (una introducción a la psicología transaccional)

Para entender mejor lo antedicho, voy a presentar la teoría de Eric Berne, el *análisis transaccional*⁴, que nos ayudará a entender cómo se va configurando la personalidad del niño en la relación con sus circunstantes. Según Berne existen tres tipos básicos de conducta, cada uno de ellos acompañado de gestos, tonos de voz, expresiones emotivas y actuaciones práxicas propias y diferenciadas. El primero de los estilos era sensible y adecuado a la realidad del presente, el *aquí y ahora* en el que la persona se encontraba.

4 Cfr. Gimeno-Bayón, A., *Introducción al estudio de la personalidad (Psicología General)*, Ed. Instituto Internacional de Teología a Distancia, Madrid, 2002.

El segundo de estos tipos básicos exhibía repertorios de conductas y sentimientos más propios de un niño, en los que se repetían actuaciones y se revivían sentimientos y emociones experimentados en la infancia. Por último, otro estilo de conducta repite la de uno de los progenitores. A estos tres comportamientos típicos se les denominó Estados del Yo. Al primero, Estado del Yo Adulto (Estado Adulto), al segundo Estado del Yo Infantil (Estado Niño), y al tercero Estado del Yo Padre (Estado Padre). Cada Estado del Yo es un patrón consistente de sentimientos y experiencia relacionado directamente con un patrón consistente de conducta correspondiente.

Penetrando inicialmente en la estructura de cada uno de estos estados, señala Berne algunas de sus características distintivas:

- El *Estado Padre* contiene lo que hemos grabado de nuestras figuras parentales. Cuando actuamos desde nuestro Estado Padre manifestamos conductas similares a las de estas figuras y, a la vez, nuestra manera de ver la vida y nuestro pensamiento repiten también los suyos. El origen de esta faceta de la personalidad es, pues, externo. En cuanto a su contenido, encontramos conductas aprendidas, prejuicios, opiniones, costumbres, convicción de poder y seguridad.
- El *Estado Niño* comprende lo que sentíamos e interpretábamos cuando éramos pequeños y también la forma de actuar pertinente. El origen de este comportamiento es espontáneo, desde dentro. El Estado Niño contiene emociones, intuiciones, creatividad, biología, impulsividad, curiosidad, sentimientos de indefensión, desvalimiento e impotencia, egocentrismo, fantasía, capacidad de goce y manipulación, pensamiento mágico y creencias mágicas, alegría, miedo, rabias y rabietas, dolor y pena.
- El *Estado Adulto* comprende las conductas en el análisis de la información que posee la persona en un momento dado, incluyendo la reflexión sobre la experiencia de la vida. La procedencia de los datos puede ser interna o

externa. Su visión de la vida es razonada y su conducta no predecible. Su ritmo, además, es más lento que el de los otros dos Estados, que al estar más automatizados se “disparan” con mayor facilidad, en especial ante situaciones difíciles. El contenido del Estado Adulto son juicios, información analizada, reflexión y decisiones reflexionadas, cálculo de posibilidades, realismo y sentido de la oportunidad y adecuación al momento y circunstancias.

Las personas nos diferenciamos psicológicamente por lo desarrollados que tenemos uno u otro Estado del Yo y por los diferentes contenidos de los mismos. Ambos factores se van configurando en el ámbito de las relaciones interpersonales. Pero antes de analizar las transacciones comunicativas que provocan el desarrollo armónico y personal o desordenado e impersonal, debemos penetrar en la estructura interna de cada uno de estos Estados del Yo, para entender más ricamente el proceso del que nos ocupamos en referencia a la educación en el ámbito de la familia.

Sobre el Estado Padre no hay demasiado que decir con respecto a su estructura interna. En él se encuentran patrones procedentes de distintas personas que ocuparon una situación de autoridad y cuidado respecto a nosotros (una situación parental).

En el Estado Niño, en cambio, existen tres sectores claramente diferenciados:

- El *Niño Natural*: es lo más primitivo de nuestra personalidad, lo más genético y biológico, centrado en sí mismo y en motivaciones de la vitalidad.
- El *Pequeño Profesor*: representa los aspectos cognitivos del Estado Niño (inteligencia natural), que vienen caracterizados por el pensamiento mágico. Con muy pocos datos en su haber tiene una impresionante capacidad intuitiva y creativa y puede “dar lecciones” a muchos adultos.
- El *Niño Adaptado*: es la parte infantil influenciada por las figuras parenta-

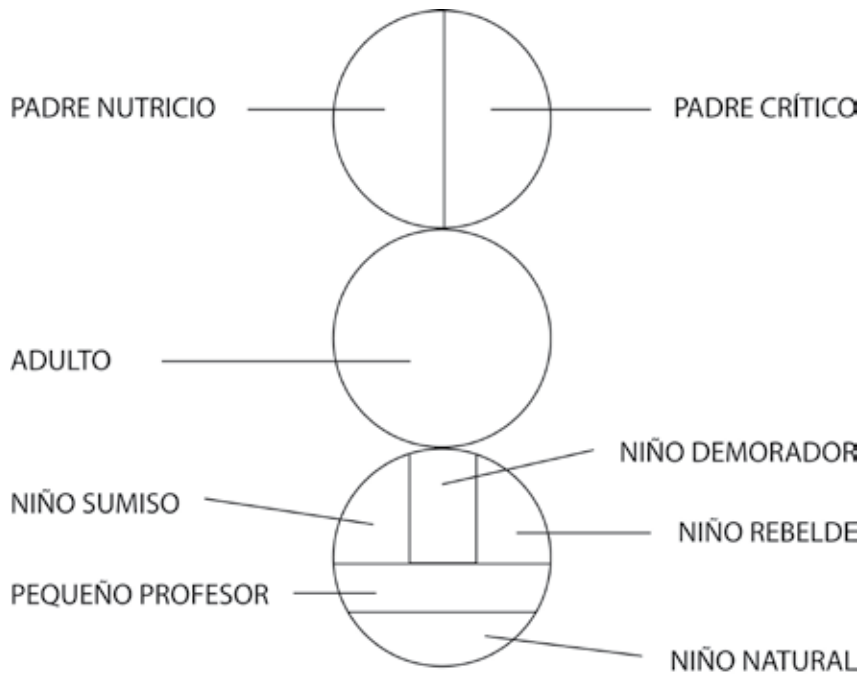
les, y es de aparición posterior a los otros aspectos del Estado Niño.

En cuanto al Estado Adulto podemos señalar, dentro de su complejidad, también tres sectores:

- El Niño del Adulto (*Pathos*): comprende el encanto infantil que está presente en algunas personas aunque estén realizando actividades típicas de adultos, la franqueza y los sentimientos de simpatía hacia los otros.
- El Adulto del Adulto (*Technos*): aquí encontramos eficacia, análisis, lógica, procesamiento de datos, cálculo de probabilidades, reflexión acerca de lo aprendido a partir de la propia experiencia.

El Estado Padre realiza las funciones de *control* y *nutrición*. Distinguimos al respecto dos facetas: la de Padre Crítico (ordena, prohíbe, controla, dogmatiza) y la de Padre Nutricio (el que da permiso, anima, nutre, da cariño, consuelo y apoyo). El Estado Padre puede funcionar tanto hacia los demás como hacia uno mismo, y se manifiesta tanto en lo verbal como en lo no verbal, al igual que los otros dos Estados.

El funcionamiento del Estado Adulto es menos predecible que el de los otros dos Estados, ya que éste se adapta a las circunstancias presentes desde la reflexión y el pensamiento de tipo lógico. El Estado Niño es complejo, como antes podíamos ver. El Niño Adaptado puede ser *sumiso* (acepta las normas y sugerencias), *rebelde*



riencia.

- El Padre del Adulto (*Ethos*): comprende la responsabilidad y el compromiso con unos valores conscientemente analizados y aceptados.

de (no las acepta y lleva la contraria) o *demorador* (no quiere someterse ni se atreve a rebelarse). El Pequeño Profesor se emplea en investigar y manipular intuitivamente todo lo que le rodea. El Niño Natural funciona sin censura, obedeciendo a los impulsos más espontáneos, mostrando la faceta más desinhibida de la personalidad y toda gama e intensidad de emociones.

Hasta aquí llega lo que se denomina análisis estructural. Ahora hemos de dar el siguiente paso, el análisis funcional, que nos indicará cómo funcionan y cuáles son las funciones que desarrolla cada uno de los Estados del Yo de los que venimos hablando.

Todo este diagrama representa la estructura de la personalidad de cada persona. Todos tenemos de todo, la diferencia está en la preponderancia de unos sectores sobre otros. Una sana

educación debe favorecer el crecimiento armónico de todas las dimensiones de la personalidad, ayudando a la persona a madurar poco a poco integrando todos los aspectos de su realidad. La propuesta que hace el modelo de Análisis Transaccional para el logro de una personalidad sana es la de tener lo suficientemente desarrollado - en una persona adulta- cada uno de los Estados del Yo de forma que estén disponibles para ser utilizados en el momento oportuno, y usado de guía para detectar su adecuación al Estado del Yo Adulto. Éste debe ser el rector de la persona adulta equilibrada.

Pues bien, para que esto sea así la evolución de la persona desde su nacimiento en adelante debe darse en un contexto relacional amoroso, donde reciba lo necesario para crecer como persona. “Si repasamos cómo tiene lugar el crecimiento, vemos que:

- El niño, al nacer, procede de una *situación anterior de fusión* física. El feto está sumergido en el mundo materno y no hay límites absolutos, ni diferencia lo propio de lo materno.
- En el parto el niño se separa físicamente de la madre, pero su experiencia psicológica es, *durante los primeros meses*, de fusión, de manera que *no ‘sabe’ que está separado*.
- De otro lado, necesita unos cuidadores externos a él y que se hagan cargo de sus necesidades para poder sobrevivir. Es una situación de *simbiosis*, para usar la terminología que emplea J. Schiff ⁵.
- En una *simbiosis sana*, los cuidadores usan su Estado Adulto del Yo y su Estado Padre para atender a las necesidades del niño, supliendo estos aspectos de la personalidad de los que él carece.
- El niño luego va notando que está separado, que es un ser diferente y ya aprendiendo a distinguir *qué es suyo* (sus sentimientos, sus actos, sus procesos corporales, etc.) y qué es lo externo a él.

- Aún así, sabe muy bien que necesita sobrevivir mediante la simbiosis, y cualquier amenaza de ruptura de la misma puede ser vivida con terror.
- En una evolución individual sana, el niño irá desarrollando su *Estado del Yo Adulto* y *Estado del Yo Padre* gradualmente, mientras los cuidadores van retrayendo el sustituirlos con los propios y permitiendo que el niño los vaya explorando y ejercitando.
- Se va pasando así (desde una simbiosis plena que va adelgazándose poco a poco) *de la dependencia* psicológica -intelectual, emotiva, etc.- *a la autonomía personal*⁶.

En este proceso relacional se pasa de la simbiosis, fusión completa del ser humano naciente a su madre, a una relación cada vez más autónoma. Esta autonomía se desarrollará mediante la realización de nuevas tareas que ampliarán el horizonte de la libertad del niño, que poco a poco va asumiendo nuevas responsabilidades. El proceso de desarrollo humano es un proceso de “responsabilización”: en primer lugar el niño tiene que hacerse responsable de sí mismo en un proceso de creciente autoposesión; en segundo lugar, alcanzada ya cierta madurez, el proceso de autoposesión culmina en la ampliación del horizonte de la responsabilidad más allá de su propia realidad, hasta incluir la realidad del prójimo. La persona pasa de no ser responsable de nada, es decir, de depender plenamente de otros al comienzo de la vida, a ser responsable primero de sí misma y después de otros que necesitan de su acción. El encuentro interpersonal es una interacción entre vocatividad (por favor, ayúdame) y genitividad (respuesta positiva a esa petición de ayuda). Cuando la vocatividad, siempre presente, no recibe respuesta asertiva se produce el desencuentro. Y en el desencuentro se desvirtúa el desarrollo positivo del hombre.

Utilizando el sistema conceptual que nos ha dado el análisis transaccional, podemos analizar el proceso comunicativo interpersonal dividiendo las transacciones (relaciones yo-tú) en

5 Schiff, J., “Trames of reference”, *Transactional Analysis Journal*, 5, 3, 1975.

6 Gimeno-Bayón, A., *Introducción al estudio de la personalidad (Psicología General)*, p. 151.

complementarias y cruzadas. Las primeras son signo de encuentro interpersonal; las segundas lo son de desencuentro. En las transacciones complementarias la respuesta surge del Estado del Yo al que se dirigió la transacción del otro y va destinada al Estado del Yo del que surgió aquella. Así, por ejemplo, cuando una madre pide a su hijo que recoja su cuarto, está dirigiéndose desde su Estado Padre hacia el Estado Niño del niño. Si el niño responde afirmativamente desde su Estado Niño hacia el Estado Padre de su madre la transacción ha sido complementaria, y el proceso comunicativo ha sido transparente. Las transacciones complementarias no tienen segundas intenciones, son claras, y permiten que la comunicación fluya indefinidamente.

Sin embargo, las transacciones cruzadas interrumpen la sana comunicación, porque la respuesta surge de un Estado del Yo diferente al que la transacción fue dirigida. En las transacciones cruzadas se suele enviar un mensaje aparente y otro escondido. La transacción aparente implica a Estados del Yo diferentes de la transacción oculta, que con frecuencia es no verbal. Y la comunicación sigue la dirección del nivel oculto, no del aparente. Se crea entonces una dinámica oscura en la que ninguno de los interlocutores dice claramente lo que quiere decir pero deja bien claro lo que está diciendo, no dando así oportunidad a establecer una conversación sana. Lo que se dice lleva escondido un reproche, una crítica, un chantaje emocional... Por ejemplo, si la comunicación se establece entre dos personas adultas, una de ellas puede dirigir una transacción hacia la otra de Estado Adulto a Estado Adulto. Si la respuesta que recibe quien comienza la comunicación va dirigida desde el Estado Padre hacia el Estado Niño, la transacción es cruzada y resulta violenta.

Esto no quiere que las transacciones complementarias sean las únicas buenas para un sano encuentro interpersonal. Deben ser la base de ese encuentro, porque permiten una comunicación fluida. Pero las transacciones cruzadas, vaciadas de su oscuridad, desde la transparencia comunicativa, son también convenientes para que se pueda dar un crecimiento personal en la relación. Lo que debe evitarse siempre en la comunicación es el ocultamiento, tratando de comunicar y compartir de forma transparente.

El silencio y la palabra en la familia

En la sociedad de las palabras-ruido se produce un fenómeno curioso: las palabras, antes que comunicar, ocultan por saturación. Es tanto el bombardeo de palabras y signos al que estamos sometidos en la sociedad de la desinformación que es más lo que éstas ocultan que lo que muestran de realidad. "El lenguaje es ambivalente: puede ser constructivo o destructivo"⁷. Por eso es necesario, para acceder a un nivel de transparencia comunicativa suficiente para una sana relación interpersonal en el ámbito familiar, recuperar el sentido, el peso y la importancia de las palabras. Para ello es menester recuperar el silencio. Callar la mente para alcanzar a escuchar una palabra, aunque sea una sola, y descubrir el misterio de revelación que supone la palabra en boca del otro. Aprender a escuchar para aprender a comunicar, a expresar, a tender la mano también con la palabra.

Éste es uno de los aprendizajes fundamentales que hoy en día debe afrontar cada familia si quiere ser un lugar de crecimiento personal. Éste sólo es posible en el encuentro nutritivo, y este encuentro sólo es posible si se da una sana comunicación.

La comunicación y el encuentro interpersonal

El hombre es un animal social, familiar, comunitario. La estructura de su vida es relacional, en un ámbito de proximidad interhumana. Esta estructura relacional constitutiva de la vida humana puede ser la base para el encuentro interhumano, pero también puede no serlo. El encuentro interhumano tiene sus exigencias propias. "La relación de encuentro no se da *automáticamente*, como fruto de la mera vecindad. Debe ser creada esforzadamente, mediante el cumplimiento de ciertas exigencias ineludibles: generosidad y apertura de espíritu, respeto, equilibrio entre la fusión y el alejamiento, veracidad y confianza, agradecimiento, paciencia, capacidad de asombro, sobrecogimiento, comprensión y simpatía, amabilidad, cordialidad, fidelidad..."⁸. El encuentro tiene sus exigencias

7 López Quintás, A., *Inteligencia creativa*, Ed. B.A.C., Madrid, 1999, p. 196.

8 López Quintás, A., *Op. cit.*, p. 147.

propias a la vez que constituye una exigencia de realización para la persona: la realización personal pasa por el encuentro interpersonal. Sin encuentro no hay persona, no hay yo, porque no hay yo sin tú: "yo llego a ser yo en el tú; al llegar a ser yo digo tú. Toda vida verdadera es encuentro"⁹.

La relación educativa en el seno de la familia es una relación de encuentro entre todos los miembros de la familia. Podemos esquematizar las exigencias del encuentro interpersonal, siguiendo de nuevo a López Quintás¹⁰, en las trece siguientes:

- 1) La actitud de generosidad y apertura de espíritu.
- 2) Situarse a la distancia justa.
- 3) Evitar el reduccionismo.
- 4) Tolerar el riesgo que implica la entrega.
- 5) Estar disponible para el compañero de juego.
- 6) Veracidad y confianza.
- 7) El agradecimiento y la paciencia.
- 8) Capacidad de asombro y sobrecogimiento.
- 9) La comprensión y la simpatía.
- 10) La ternura, la cordialidad, la amabilidad.
- 11) La flexibilidad de espíritu.
- 12) La fidelidad.
- 13) Compartir valores y, sobre todo, el gran ideal de mi vida.

El crecimiento personal es fruto del encuentro interpersonal, el yo crece como persona gracias al tú en el ámbito de un nosotros nutri-

tivo. La familia está llamada a ser un ámbito de intimidad, fecundidad y alegría. El encuentro de la pareja, o del núcleo familiar en cuestión, marcará la profundidad relacional de la familia. Si ellos, núcleo de la estructura familiar, mantienen

una relación personal amorosa, respetuosa, de ayuda mutua y entrega común en un mismo proyecto vital, la familia será un lugar de encuentro personal. El nosotros familiar será para cada persona que se desarrolle en su red relacional una comunidad nutritiva.

4. En torno a la democracia

¿Es la familia una comunidad democrática?

La familia ha de ser una comunidad democrática, pero esto debe ser bien entendido. Es frecuente hoy día confundir, como hemos visto, el sentido verdadero de la autoridad, necesaria en toda educación personalizante, con el autoritarismo. De la misma manera, se confunde libertad con libertinaje, y se pretende educar desde una libertad que no se sabe asumir, obteniendo como resultado una educación desde la libertad para la esclavitud. Lo que se debe buscar es una educación desde la progresiva responsabilización hacia la libertad. Libertad y responsabilidad van de la mano en el proceso de crecimiento de la persona, de lo contrario se construyen personas irresponsables o personas esclavizadas a placeres, vicios y manías.

La comunidad es una sociedad democrática en lo que se refiere a sus miembros adultos. En ese sentido, debe haber un reparto democrático de las funciones, tareas y responsabilidades. Pero en la determinación de esta distribución no pueden participar los miembros de la familia que no tengan la madurez suficiente para asumir la responsabilidad de la libertad que se les cede. Los niños no pueden decidir a qué horas se duerme, qué comer cada día, ir o no ir al colegio, etc. Aún no tienen la madurez suficiente como para soportar la responsabilidad de dichas decisiones. La tarea de los miembros adultos de la familia será entonces educar a esos niños para capacitarles para asumir, en el momento preciso, esas responsabilidades. Esto no quiere decir que no deba existir diálogo entre los miembros adultos y los niños en una familia; el diálogo es indispensable para el aprendizaje de la libertad. Ahora bien, los límites de este diálogo deben quedar claros para que el diálogo sea realmente tal y

9 Buber, M., *Yo y tú*, Ed. MCC, Madrid, 1996, p. 8.

10 Para presentar las exigencias del encuentro interpersonal sigo la exposición de López Quintás en el libro antes citado (pp. 152-169).

el niño pueda ir aprendiendo los valores a los que se le invita.

Educación personal y comunitaria

La educación en la familia es, entonces, más que democrática, personal-comunitaria, pues es el ejercicio relacional que da a cada cual lo que necesita y solicita de cada cual lo que éste puede entregar: a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades. Para esto no valen las reglas generales, sino la atención concreta y personalizada a cada miembro de la familia, el reconocimiento de sus dones y necesidades, así como la educación para el desarrollo de esos dones.

Educación para la democracia social

La educación en la familia debe ser educación para la democracia social y la participación política. No se debe fomentar la entrega de la responsabilidad política de cada persona al Estado, sino la asunción de esa responsabilidad desde las tareas más insignificantes. Al fin y al cabo, lo que cuenta es lo que no aparenta: hacer las gestiones necesarias para que tapen un boquete en el que alguien puede tropezar, cambiar esa bombilla que se fundió, promover una distribución más justa de la riqueza comenzando por vivir austeramente y por dar a quien necesite... El hombre es, como bien dijera Aristóteles, un animal político por naturaleza; renunciar a esta dimensión de su realidad es abdicar de ser sí mismo tal y como está llamado a serlo. Para ser persona en plenitud es necesario potenciar esta dimensión política a través de la cual los hombres estamos llamados a construir una sociedad justa. Si la humanidad es una gran familia, hagamos que en ella todos vivamos como en familia: que nadie se quede con hambre, que nadie esté solo, que nadie pase frío, que a nadie le falte cariño... La transformación a la que la humanidad está llamada es su familiarización, y para que ésta acontezca se debe educar en el amor desde la familia.

5. En torno a la sexualidad

El sexo como algo perverso

Desde antiguo se ha venido entendiendo la sexualidad como algo opuesto a lo divino por formar parte de lo corporal, de la carne. Ya para Platón el cuerpo y sus pasiones eran el mayor impedimento para que el hombre pudiera alcanzar el conocimiento contemplativo del Bien, y a través de este conocimiento la liberación de su alma racional. Espíritu y materia vivieron desde ese momento un divorcio que contagió incluso al cristianismo, siendo éste tan contrario a la doctrina platónica a este respecto (el Verbo se hizo carne). La sexualidad ha vivido en estado de condenación, condenación en la que también ha vivido la mujer como objeto del deseo sexual del varón. La condena de la sexualidad ha sido, sin duda, la condena del hombre en lo que a su dimensión relacional se refiere. Y la reacción a esta condena ha sido, en la oscilación del péndulo moral, otra condena: la doble reducción antropológica y sexual.

El sexo desde la escisión: la doble reducción antropológica y sexual

La respuesta a la represión tradicional de la sexualidad, a su condena, ha sido la liberalización irresponsable de la misma desde una doble reducción. Esta doble reducción se ha operado en nuestra época, y ahora está mostrando sus nefastas consecuencias. La doble reducción de la que hablamos se ha operado en el campo antropológico y en el mismo campo de la sexualidad. Por un lado, la reducción antropológica ha consistido en la escisión del hombre, en su ruptura, en la pérdida de su unidad, en la disolución de la persona en los personajes que socialmente la persona representa. Así, la realidad humana disuelta es realidad fragmentada, rota, dividida: por un lado la vida laboral, por otro la familiar, por otro el amor, por otro el sexo. No hay un *ethos* común que sirva de morada al hombre, que lo unifique. En la escisión del hombre, el sexo y el amor han sido separados. Ésa es la primera reducción.

La segunda reducción, hija de la primera, es la que encierra lo sexual en lo genital: es la reducción de la sexualidad a genitalidad. "Relación sexuada es un modo de vivir toda relación pues nunca dejamos de ser mujer u hombre para

relacionarnos"¹¹. La sociedad del sexo libre es una sociedad de sexo reducido, estrecho, escaso, concentrado. Es una sociedad del momento del placer, una sociedad hedonista, que olvida que la sexualidad es la dimensión misma relacional humana, nuestra afectividad, nuestra forma de vivir en apertura afectiva hacia los demás, de entrar en contacto con ellos.

Las consecuencias de esta doble reducción son, sin duda, nefastas, pues separar el sexo del amor implica renunciar a la responsabilidad que el sexo lleva consigo; y reducir la sexualidad a genitalidad es mermar excesivamente las relaciones humanas. Por supuesto, no reclamamos aquí la recondenación de la sexualidad. Muy al contrario, pedimos su liberación responsable desde una visión más íntegra de la realidad humana.

La sexualidad, don de Dios

La realidad humana consiste en apertura a los otros, su consistencia es relacional. La marca de esta relacionalidad en la carne humana, el sello de esta apertura, es la sexualidad. Lo humano en apertura es lo humano sexual. No hay nada humano al margen de la sexualidad por-que todo lo humano es relacional y todo lo relacional es sexual. Ahora bien, claro está que cuando decimos sexualidad no decimos únicamente genitalidad. La sexualidad es más, muchísimo más que la genitalidad. La sexualidad es la apertura afectiva, el sentimiento de esa apertura en la relación con el otro. Toda relación humana es relación sexual, aunque esta relación pueda alcanzar diversos grados de intimidad y profundidad. La mirada, la caricia, la palabra, el estar con otros, es sexo. Sexo sin perversión. Sexo como relación afectiva cordial. Sexo como amor. "No se puede separar la sexualidad de ninguna de las demás características de la persona. Esto implica:

- Que la sexualidad del otro no debe ser tomada como cosa, nunca es utilizable.

- Que la sexualidad madura es siempre sexualidad abierta: me abre al otro y no me cierra en mí. El que se busca sólo a sí en el ejercicio de su sexualidad está anclado en una inmadurez adolescente.
- Que la sexualidad no sólo es ejercicio placentero sino, sobre todo, diálogo interpersonal. Y como todo diálogo, es fecundo.
- Que el ejercicio de la sexualidad se realiza en el sexo pero también en cualquier otra forma de relación de pareja: cuando diálogo, ayudo o comprendo al otro, lo hago desde mi condición sexuada. Por eso la buena relación de pareja es condición para un ejercicio del sexo y de la genitalidad constructivos, y no al revés.
- Que el ejercicio de la sexualidad no es sólo una función biológica sino integral. Por eso tiene tanta importancia la ternura, la armonía y proyecto integral.
- Se ha de tener siempre en cuenta la diferencia en cuanto a la condición sexuada de cada uno y la igualdad en cuanto dignidad personal. No es uno más que otro en cuanto personas. El androcentrismo en que hemos sido educados no siempre nos permite vivir esto con corrección"¹²

Existen relaciones amorosas que, por su dinamismo interno, van creciendo y exigiendo un mayor compromiso. Es, por ejemplo, la relación de pareja. En las relaciones de pareja la fuerza unitiva del amor impulsa a los amantes a llevar progresivamente su relación a un mayor grado de intimidad e intensidad. Y es en este contexto en el que la genitalidad es vivida en su preciso significado. La relación genital es relación sexual en la plenitud de la relación de pareja. Ahora bien, esta relación trae consigo la posibilidad de engendrar una nueva vida. Y esto es de suma importancia para comprender el altísimo valor de la sexualidad: a través de ella se transmite el don de la vida, a su través Dios continúa donándose, haciéndose carne. La sexualidad como genitalidad es profundamente sagrada porque es ma-

11 Domínguez Prieto, X. M. *La familia y sus retos*, Ed. Mounier, Salamanca 2002, p. 53.

12 Domínguez Prieto, X. M., *Ibid.*, pp. 54-55.

manifestación de la dinámica de la vida de Dios, al ser unión por amor de dos personas que engendra vida. De la misma manera, lo es toda la sexualidad, pues es manifestación del amor en la relación.

Cuando la sexualidad se pervierte escindiendo amor y sexo, las relaciones humanas se ven marcadas por el egoísmo, la envidia, la utilización del otro como objeto y, finalmente, la violencia. Cuando la vida nace en un contexto deshumanizado por la obcecada vivencia de una sexualidad reducida e irresponsable se está atentando contra la propia esencia de la vida, es decir, contra la vida de cada uno de los que atentan y contra la vida de quien nace.

6. En torno a la escuela

¿De quién es la responsabilidad de la educación?

La responsabilidad primera y fundamental con respecto a la educación de los hijos es de la familia, no de ninguna otra institución social o religiosa. La familia es el fundamental agente educador y el más decisivo no sólo en la formación de la persona sino también en la configuración de la sociedad, que será lo que aprenda a ser en la familia. La vida habitual a la que se ven abocados, o al menos invitados, los ciudadanos occidentales de nuestra época no tiene entre sus prioridades la educación de los niños en el seno de la familia. Una sociedad que exalta la autorrealización laboral entendida como acrecentamiento del poder y de los lujos de forma egoísta no deja en buen lugar a los padres que deciden dedicar su tiempo y sus esfuerzos principales a la familia. Esas personas nunca llegarán a ser nadie, y nunca alcanzarán el nivel de vida tan placentero que se presenta como modelo en nuestro siglo. Sin embargo, más allá de los gustos y modas sociales, que por otro lado hablan bastante claro de la necesidad de una transformación inmediata, la vocación fundamental de los padres es siempre la educación personalizadora de sus hijos desde el amor que se profesan. Sin la dedicación de los padres los hijos son difícilmente educables: no han recibido el amor y la atención que todo niño precisa en su infancia. No han vivido de cerca, no han tenido experiencia de familiaridad, de

fraternidad. La familia es el lugar del aprendizaje por experiencia, que es el que realmente marca a la persona. “No se trata de hablar linduras en términos genéricos, sino de comenzar por obrar con seriedad haciendo acopio de las necesarias virtudes: modestia, prudencia, paciencia, etc., de comprometerse, en vez de renunciar, al modo de quienes dicen o piensan: ‘que nos los eduque el colegio’, ‘que nos los eduque el Estado’, pues ¿es seguro que los maestros de los colegios, el Estado mismo, sabrán hacerlo? Por lo demás, cuando la familia renuncia a su función, todo otro esfuerzo subsidiario resulta caro e inútil”¹³.

Familia y escuela: un fin común

Ahora bien, si la familia es el principal agente educador, la escuela es el agente complementario. La escuela está inmersa en la sociedad y no es ajena a sus valores. Al contrario, es uno de los subsistemas que el sistema utiliza para darse vida, para perpetuarse en su dinámica. No pretendo realizar aquí un análisis profundo de la sociedad occidental hodierna; tan sólo trataré de realizar una descripción típica basada en tres palabras fundamentales, que a veces utilizamos para referirnos a esta sociedad occidental, y que nos permitirá entender mejor la importancia del papel que juega la escuela:

- *Sociedad imperialista*: hay una tendencia impuesta desde arriba que impera, que se impone, que marca el rumbo.
- *Sociedad capitalista*: se presenta el capital, el dinero, como lo más valioso e importante. El dinero es aquello que da sentido a la vida y al trabajo, y con él podemos –dicen los que imperan– conseguir la felicidad (que por otro lado se identifica con el placer y la comodidad, propugnando el ideal de hombre-vegetal).
- *Sociedad neoliberal*: el dinero no puede ser de todos, luego habrá que ganárselo. La vida es ante todo competición, y los rivales son los otros.

13 Díaz, C., *Soy amado, luego existo*, Vol. I: *Yo y tú*, Ed. DDB, Bilbao, 1999, p. 202.

Desde la perspectiva neoliberal el otro es aquel que posiblemente me fastidie la existencia. Para evitarlo tengo que hacerme fuerte y atacar primero, pues la mejor defensa es un buen ataque.

Esta sociedad imperialista, capitalista y neoliberal es explícitamente antipersona, como las minas usadas en las guerras. Si cada cosa puede ser conocida por sus frutos, los frutos de esta sociedad occidental no hablan nada bien de los hombres que la conformamos. Primera mención a los frutos de este sistema: aproximadamente 2852 millones de personas viven hoy en pobreza, lo que supone un 46% de la población mundial. Es curioso que la llamada sociedad de bienestar provoque tanto malestar. Y es terrible, y no sólo curioso, el comprobar cómo el sistema social existente se mantiene tal cual a pesar de todo, cómo es desoída o tapada la voz de los pobres en el mundo de los ricos.

¿Por qué no cambia(mos) la dinámica social siendo tan catastrófico su devenir? ¿Por qué los hombres, cada hombre concreto, no se revela contra esta situación? El sistema, impulsado por aquellos que se benefician de su dinámica (los poderosos, aquellos que sí viven una situación de bienestar material), se encarga de generar los mecanismos necesarios para sostenerse. Uno de estos mecanismos es hoy día, sin duda, la escuela, donde raramente se educa y más comúnmente se adiestra, donde no se invita al joven a ser persona, sino a consumir su vida haciendo algo que dé dinero. Así las cosas, podemos definir esta escuela antipersona de la que estamos hablando atendiendo a las siguientes siete notas:

- Consumismo: se educa al alumno de tal forma que todo lo que busca es sacar buenas notas. Él está en sus notas, en las que se siente juzgado. «Tanto sacas, tanto vales, en tal puesto de la escala social te encuentras». Hay que tener notas, para tener títulos, para definitivamente tener dinero. Lo importante es tener, pues nos movemos en un paradigma dinerocéntrico.
- Competitividad: el sistema favorece el yo contra ti. Cada alumno tiene que alzarse con el puesto más alto posible

dentro de la escala que la escuela va a establecer, tratando de escapar del fracaso escolar. ¿Cuántos muchachos salen fracasados ya en su misma adolescencia? Han terminado antes de empezar, y se llevan como legado un mensaje bien aprendido: «muchacho, no eres válido. Hemos construido en ti una mentalidad de rico y nunca llegarás a serlo. Sólo la suerte disfrazada en forma de quiniela o de lotería podrá salvar tu vida».

- Relativismo: el relativismo es la imposición de la sinrazón en nombre de la tolerancia y el respeto. Es el poder sin razón, el poder por el poder. La anulación de toda posibilidad de verdadero diálogo, pues todo depende.
- Desinterés real: generalmente el alumno no acude al aula para aprender, justamente porque lo que allí se trata no le interesa lo más mínimo. Los años de instituto son un mal trago que hay que pasar para acceder a la vida laboral, pero que de hecho no tienen ningún valor en sí mismos.
- Odio al trabajo y rechazo del esfuerzo: el trabajo implica esfuerzo, y el esfuerzo es malo desde la escala de prioridades trazada por un sistema que promueve el placer y enaltece al que se enriquece sin mover un dedo. Por consiguiente, ley del mínimo esfuerzo, tratando, eso sí, de aparentar haber realizado mucho trabajo, pues aparentando a veces se consiguen buenas notas.
- Saturación temporal y sonora: se genera un mundo en el que no hay espacio ni tiempo para el silencio. Todo el tiempo del alumno está lleno, repleto, saturado. Y todo en él se muestra con una sorprendente homogeneidad. No hay tiempo para el recogimiento y la introspección; el alumno se encuentra perdido fuera de sí, y su existencia es extravío. Se da también, por saturación, una pérdida del sentido de las palabras, que acaban por no dejar sitio a la realidad. El mundo se convierte en algo así como una película en la que todo parece ficción, pues nada tie-

ne consistencia ni interioridad. La escuela entra así a formar parte del gran andamiaje social armado para saturar informativamente, para llenarlo todo de palabras y sonidos, de ruido. No se manda a nadie callar; simplemente se grita y se genera escándalo para que ninguna voz discordante pueda ser escuchada. La voz más discordante, la que más daño hace a los cimientos de esta sociedad, es la voz que nace del silencio y, conjuntamente, el silencio mismo, fuente de toda verdadera palabra.

- Exclusión de la vocación y de la vida: en el mundo del dinero no tienen cabida los sueños profundos, la realización plena de la persona. Es el mercado el que establece aquello que se ha de ser. Toda vocación es, consecuentemente, una llamada de ese mercado, algo que viene de fuera y que desoye la interioridad del hombre. Se genera entonces el hombre espejo, aquel que refleja lo social, aquel que no ha tomado ninguna iniciativa desde su interioridad, sino que se ha dejado llevar por la corriente.

La escuela que funciona como fuerza interna dentro de la dinámica de la sociedad imperialista es un ámbito que excluye la experiencia personalista y comunitaria. Por eso mismo es preciso que la escuela salga de esa dinámica despersonalizadora y, a una con la familia, sea agente de personalización, fomentando que los alumnos crezcan intelectual, afectiva, social, religiosa y moralmente, sin menosprecio de ninguna de estas dimensiones.

7. En torno a Dios

¿Es posible no imponer?

Está de moda hoy afirmar que educar en unas determinadas creencias es atentar contra la libertad de los hijos. Falsa afirmación basada en sofismas que, por lo demás, sólo reciben el consentimiento de quienes buscan una excusa para imponer irracionalmente sus ideas, que no pocas veces son el espejo de sus miedos y ca-

rencias. La neutralidad religiosa en la educación es imposible, porque cuando se educa, lo que se transmite es fundamentalmente lo que se es, y no sólo aquello que se afirma o dice. La vida religiosa de la familia es el ámbito en el que el niño va creciendo y, como tal, de alguna manera, ésa es la religiosidad a la que el niño se va abriendo. La sensibilidad religiosa precisa ser educada como cualquier otra dimensión de la persona o, si cabe, más aún, por ser la dimensión fundamental de la vida.

Dimensión fundamental de la vida humana, que se quiere llevar a plenitud

La dimensión religiosa de la persona es la dimensión fundamental de la vida porque en ella se juega la relación con el fundamento, con la fundamentalidad misma, con Dios. Un Dios que da la vida, que le otorga sentido, y que nos hace descubrirnos como regalo para los demás. Educar la dimensión religiosa es acercar a la persona a unas condiciones de libertad en la que ésta, autónomamente, pueda mantener una sana relación interpersonal con Dios, una mística de la acción que fundamente e impulse su entrega amorosa. La plenitud religiosa implica la plenitud humana global porque es plenitud vocacional, y sólo se vive en constante respuesta a la llamada que Dios hace esencial y originariamente al hombre.

La familia, con Dios en el centro

El centro de la familia es el centro del cosmos, de la humanidad y de cada persona: Dios. Y si Dios es centro y Dios está como fundamento, origen, impulso vital, valor y verdad en cada persona, entonces cada persona es centro, centro de centros, centro familiar. La vida íntima de Dios que Ama y es Amado en una continuidad gozosa e imparable, infinita y eterna, es la vida a la que todos los hombres somos convocados, una vida familiar de cercanía, ternura e intimidad en el amor.